

TENGO SED DE TI

Agosto, 2020



- Eucaristía, Misterio de Fe (Pág. 3)
- San Maximiliano María Kolbe, mi objetivo es instaurar la Adoración Perpetua (Pág. 8)
- Eclesia de Eucaristia, San Juan Pablo II (Pág. 12)

“Deseaba obrar y actuar en perenne adoración de Jesús Sacramentado”

San Maximiliano María Kolbe

SUMARIO

- 03** *Editorial*
- 05** *Mis oraciones eucarísticas*
- 06** *Catecismo eucarístico*
- 08** *Vidas eucarísticas*
- 12** *María y la Eucaristía*
- 14** *El P. Molina y la Eucaristía*

EDITORIAL

Eucaristía, Misterio de Fe

Señor..., “Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.”

(Jn 6. 68-69)

En el canon de la Misa se llama a la Eucaristía “Misterio de fe” pues, en efecto, solo la fe puede hacer reconocer a Dios presente bajo las Sagradas Especies. Aquí los sentidos no sirven para nada, antes la vista, el tacto, el gusto inducen a engaño, al no advertir más que un poco de pan y vino. Pero el mismo Hijo de Dios declara: “Esto es Mi Cuerpo... Esta es Mi Sangre”.

Cuando Jesús anunció la Eucaristía, «*Yo soy el Pan de la Vida... Éste es el Pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el Pan Vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este Pan vivirá para siempre*» (Jn 6. 48-50), muchos de sus oyentes se escandalizaron y bastantes de sus discípulos, que hasta aquel momento lo habían seguido, “*se retiraron y no fueron más con Él*” (Jn. 6, 67). Pedro, al contrario, en nombre de los Apóstoles dio aquel bellissimo

testimonio de fe: “*Señor... Tú solo tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Santo de Dios*” (Jn. 6, 68-69). La fe en la Eucaristía se nos muestra así como la piedra de toque de los verdaderos seguidores de Jesús y, cuanto más intensa sea esta fe, tanto más íntima y profunda amistad con Cristo revela.

Sabemos que la fe es, ante todo, un don de Dios. Precisamente en el discurso en que Jesús prometió la Eucaristía afirmó repetidamente que nadie puede ir a Él, y por tanto creer en Él, si “*el Padre no lo atrae*” (Jn. 6, 44 y 66); y añadió: “*Y serán todos enseñados de Dios*” (Jn. 6, 45). Para tener una fe viva y profunda en la Eucaristía se precisa esa “atracción”, esta “enseñanza interior” que solo de Dios puede venir y a la cual podemos y debemos disponernos, bien pidiendo al Señor esta gracia con una oración humilde



y confiada, bien ejercitándonos activamente en la fe. En efecto, habiéndonos infundido Dios en el Santo Bautismo estas virtudes, y siendo la fe una adhesión voluntaria del entendimiento a las verdades reveladas, podemos hacer actos de fe cuando queramos; en nosotros está el querer creer y poner en este acto toda la energía de nuestra voluntad.

Cf. P. Gabriel de Santa María Magdalena o.c.d., Intimidad Divina

A medida que la fe crezca en nosotros, nos hará capaces de penetrar las profundidades del Misterio Eucarístico, de entrar en relaciones vitales con Jesús-Hostia, de gozar de Su presencia. Y cuanto nuestra fe sea más intensa tanto más se manifestará también en nosotros, de tal modo que nuestra presencia delante del Santísimo Sacramento sea un testimonio vivo de nuestra fe.

MIS ORACIONES EUCARÍSTICAS

Te doy gracias Jesús mío de todo corazón, porque has venido a mi alma.

Virgen Santísima, Ángel de mi guarda, Ángeles y Santos del Cielo, dad por mí gracias a Dios.

Qué bueno eres, ¡oh mi Jesús! Si tuviese que tratar con hombres tendría que usar palabras para expresarles mis sentimientos y afectos porque ellos no entienden el lenguaje del corazón. Mas Tú, oh Jesús mío, conocéis mi corazón mucho mejor que yo. Veis muy bien cuán feliz me siento de haberos recibido. Sabéis que me faltan palabras para expresaros mi gratitud.

Alma de Cristo

*Alma de Cristo, santifícame,
Cuerpo de Cristo, sálvame,
Sangre de Cristo, embriágame,
Agua del Costado de Cristo, lávame,
Pasión de Cristo, confórtame,
Oh buen Jesús, óyeme,
Dentro de tus llagas, escóndeme,
No permitas que me aparte de Ti,
Del maligno enemigo, defiéndeme,
En la hora de mi muerte, llámame,
Y mándame ir a Ti,
para que con tus ángeles y santos,
te alabe y te bendiga
por los siglos de los siglos.
Amén.*



CATECISMO EUCARÍSTICO

La Eucaristía “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11)

“Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía, en efecto, se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua. (CEC 1324)” Pan vivo que, por su carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él.

Jesucristo instituyó el Sacramento de la Eucaristía para cuatro fines.

Adoración

Es el fin latréutico de la Misa. Deriva del término griego “latría”, que quiere decir precisamente adoración, alabanza a Dios en señal de reconocimiento de su divinidad; alabanza a Dios porque es Dios, pero no sólo de manera “genérica”, por lo que se puede alabar a Dios en cualquier lugar y momento, sino con la conciencia de que en la Misa Dios está presente de manera real y física en la **Eucaristía**, es decir, su Cuerpo y su Sangre donados por nosotros por amor para salvarnos del pecado y de la muerte.

Acción de gracias

Es el significado mismo de la palabra “Eucaristía”, que deriva del griego y significa precisamente “agradecimiento”.

Este es el objetivo eucarístico de la Misa: agradecer, dar gracias. La Misa es la Eucaristía, es agradecimiento, es acción de gracias a Dios por todo lo que recibimos de él, precisamente por el hecho de recibirlo a Él mismo. Dios nos ha dado el don de agradecerle dignamente haciendo que en la Misa ofrezcamos nada menos que al mismo Jesucristo en acción de gracias.



Reparación

Llamada también propiciación o expiación, es el fin propiciatorio de la Misa: se trata de reparar el sufrimiento que le provocamos a Dios cuando con nuestros pecados nos alejamos voluntariamente de su amor. Solo Jesucristo puede expiar dignamente, a través de su sacrificio, las ofensas hechas a Dios. La Misa es el **sacrificio expiatorio** porque vuelve presente, en la Eucaristía, al mismo Cristo en estado de víctima, con su Cuerpo donado por nosotros y su Sangre derramada para lavarnos de nuestros pecados. “Ésta es Mi Sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mt 26, 28).

Petición

Llamada también impetración, es el acto de **suplicar a Dios** y de presentarle nuestras oraciones. Jesucristo vive e intercede por nosotros, presentando al Padre su Pasión. Si tenemos ya la promesa de obtener todo lo que pedimos a Dios en nombre de Jesús (cfr. Jn 16, 23), mayor debe ser nuestra confianza si ofrecemos a Dios al propio Jesús que nos ama. Además de ser la oración del mismo Jesús, la Misa es también la oración de la Iglesia, que une sus súplicas a las de Cristo. (Aletia, diciembre 2016)





VIDAS EUCARÍSTICAS

San Maximiliano María Kolbe, el fundador de la Milicia de la Inmaculada que murió mártir en el campo de concentración de Auschwitz, es de sobra conocido por su apasionado amor a la Inmaculada. Sin embargo, su ardiente amor a Jesús Eucaristía es un aspecto central de toda su vida que pasa casi desapercibido para muchos.

Niño aún, recibió el llamado de la vocación. De carácter alegre y vivaz, cuando estaba en la iglesia permanecía recogido, lleno de unción y absorto en la oración. Desde sus más tiernos años ayudaba en la Misa.

Deseoso de consagrarse al Señor en la Orden de San Francisco, a los catorce años empezó sus estudios en el colegio de Leópolis. Con dieciséis años fue admitido en el noviciado y recibió el nombre de Fray Maximiliano.

En los Ejercicios Espirituales realizados en Cracovia en 1912, a sus dieciocho años, apunta ya un propósito al que fue fiel a lo largo de su vida: «*Oración de la mañana, adoración, Santa Comunión*», y se intensificó en el transcurso de los años, así como su amor a la Inmaculada.

Por su privilegiada inteligencia, sus superiores decidieron enviarlo a Roma, para que cursara sus estudios de Filosofía y Teología.

El futuro apóstol e incansable misionero se forjó en el silencio de la adoración a Jesús en la Eucaristía, centro de su vida. El P. José Pal, discípulo que convivió con él durante sus estudios en Roma, testimonia: *«En cuanto a su piedad, el amor a Jesús Sacramentado conmovió las fibras más íntimas de su corazón. Se inscribió entre los miembros de la Adoración Perpetua en el Monasterio de las religiosas francesas, a las afueras de la Porta Pía. Todas las horas hacía una visita*

al Santísimo; pues, antes y después de cada clase o de la recreación entraba en la Capilla a hacer una visita a Jesús Sacramentado y por la noche se quedaba casi siempre el último».

Otro condiscípulo, el P. Pignallberi, nos muestra que el secreto del joven estudiante fue su continua unión y adoración de Jesús Sacramentado: *«Hacía frecuentes visitas al Santísimo Sacramento, aparte de las prescritas. Visitaba con frecuencia a Jesús Sacramentado. En todas sus dificultades corría a los pies del altar del Santísimo Sacramento, para obtener valor y fuerza».*



En 1920, Maximiliano tomó la determinación de visitar al Santísimo treinta veces al día. A su regreso a Polonia, en enero de 1922, dio inicio a su revista mariana «*El Caballero de la Inmaculada*». La víspera de su inauguración reunió a los operarios, colaboradores y redactores para pasar ese día en ayuno y oración. Aquella noche fue organizada una gran vigilia de Adoración al Santísimo Sacramento y de plegarias a la Santísima Virgen para que bendijeran este nuevo proyecto.

En 1927 su obra recibió un gran impulso con la construcción de Niepokalanów, la Ciudad de la Inmaculada, un enorme convento con amplias instalaciones para la imprenta, apoyado en una inmensa confianza en la Inmaculada.

Cuando llegó la comunidad para instalarse, lo primero que hizo fue levantar la Capilla, en la que se celebró la primera Misa el 21 de noviembre.

Si María Inmaculada era la luz, la sonrisa y el consuelo de Niepokalanów, el P. Kolbe quiso que el centro de la ciudad fuese Jesús Eucaristía, y que los religiosos, dando tregua a sus tareas e interrumpiendo el sueño, se turnasen en la vela a Jesús Sacramentado. Esta «alabanza perenne» fue el secreto de su increíble irradiación apostólica.

Soñaba con tener al Señor Jesús expuesto día y noche en la Custodia de la Capilla de Niepokalanów. En 1938 declaró: «*Mi objetivo es instaurar la Adoración Perpetua. Cuando nos acercamos a la Capilla, adquirimos para nosotros y para los demás muchas gracias, especialmente si dedicamos el día entero a la Adoración del Santísimo Sacramento. Con esta Adoración se hace un tremendo bien*». Y hablando de la Adoración Perpetua, añadió: «*Allí fluye un caudal ininterrumpido de oración. La oración es el poder más grande del universo, capaz de transformar a cada uno de nosotros, capaz de cambiar la faz de la tierra*».

Cierto día un párroco visitaba Niepokalanów; el P. Maximiliano lo acompañó a la Capilla y le dijo señalando el altar del Santísimo Sacramento: «*Toda la vida religiosa depende de aquí...*». Jesús vivo en la Eucaristía era toda la razón de su entrega.

Así lo describen los testigos: «*De-seaba obrar y actuar en perenne adoración de Jesús Sacramentado. Insistentemente repetía que el culto de la Inmaculada es necesario en cuanto conduce a la adoración de Jesús Redentor*».

Por esto, tanto en Niepokalanów, como en el Colegio de Roma y en la Misión japonesa, «*si se le quería ver*

había que ir muchas veces a la Capilla en donde estaba adorando al Santísimo Sacramento». Misionero en Japón, lo recuerdan sus hermanos: «Cuando celebraba la Misa manifestaba una indefinible devoción interior, mientras sus ojos estaban fijos en la Hostia Santa. Todos los días iba a la Capilla más de una decena de veces para adorar a Jesús Sacramentado».

Llegaron los años de la guerra y el P. Maximiliano fue deportado a Alemania en 1939 a un campo de concentración. A los tres meses, fue liberado. El mismo día de la llegada a Niepokalanów, el P. Maximiliano arregló lo mejor posible la Capilla y quiso que volviese a empezar la Adoración Solemne del Santísimo, y, colocó una imagen de la Reina celestial, también en la entrada de la «Ciudad».

Cuando en diciembre de 1940, bajo la ocupación alemana, fue posible imprimir el único número de El Caballero, dijo al religioso redactor: *«Que se imprima El Caballero es una cosa importante, pero más importante es que al imprimirlo hagamos oración, ya que todos los números se preparan con la oración, postrándonos de rodillas».*

Como Jesús, a quien siempre quiso imitar, él entregó su vida en el campo de concentración de Auschwitz para salvar a un padre de familia condenado a morir en el búnker de la muerte. Gracias a él, este lugar de muerte se transformó en una Capilla de oración y cánticos. Su amor a la Eucaristía lo llevó hasta vivir el amor extremo de dar la vida. Murió el 14 de agosto de 1941 a los 47 años.

MARÍA Y LA EUCARÍSTIA

En su Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, el Papa San Juan Pablo II nos habla de María como «Mujer Eucarística» y afirma que Ella «puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con Él».

«Puesto que la Eucaristía es Misterio de Fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento, que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta».

Como hizo en las bodas de Caná, *«María parece decirnos: No dudes, fíate de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su Cuerpo y su Sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “Pan de Vida”».*

Para vivir con profunda fe y ardiente amor el misterio de la Eucaristía, San Luis M^a Grignion de Montfort nos enseña a unirnos con María antes, durante y después de la Comunión eucarística, de manera que sea Ella quien reciba dignamente el Cuerpo de Cristo en nosotros.



Para unirnos antes de la Comunión, el Santo propone diversos actos con los que nos disponemos a recibir al Señor:

1. «Humíllate profundamente delante de Dios.

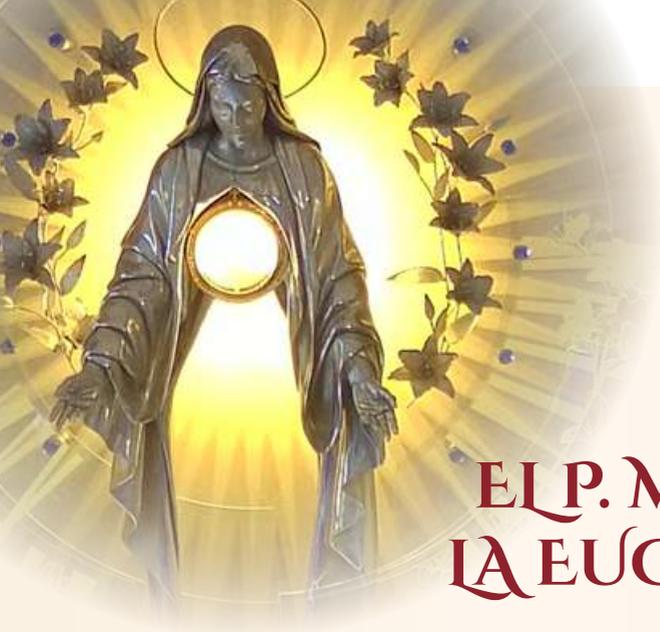
2. Renuncia a tus malas inclinaciones, disposiciones, por buenas que te las haga ver el amor propio.

3. Renueva tu consagración, diciendo: “Soy todo tuyo, ¡oh María!, y cuanto tengo es tuyo”.

4. Suplica a esta bondadosa Madre que te preste Su Corazón para recibir en él a su Hijo con sus propias disposiciones. Hazle notar cuánto importa a la gloria de su Hijo que no entre en un corazón tan manchado e inconstante como el tuyo, que no dejaría de menoscabar su gloria y hasta llegaría a apartarse de Él. Pero que, si Ella quiere venir a morar en ti para recibir a su Hijo, puede hacerlo, por el dominio que tiene sobre los corazones, y que su Hijo será bien recibido por Ella, sin mancha ni peligro de que sea rechazado: Teniendo a Dios en medio, no vacila...

Dile, finalmente, que Jesús, que la ama en forma excepcional, desea todavía complacerse y descansar en Ella, aunque sea en tu alma, más sucia y pobre que el establo en donde Jesús se dignó nacer, porque allí estaba Ella. Pídele su corazón con estas tiernas palabras: ¡Tú eres mi todo, oh María; préstame tu Corazón!».





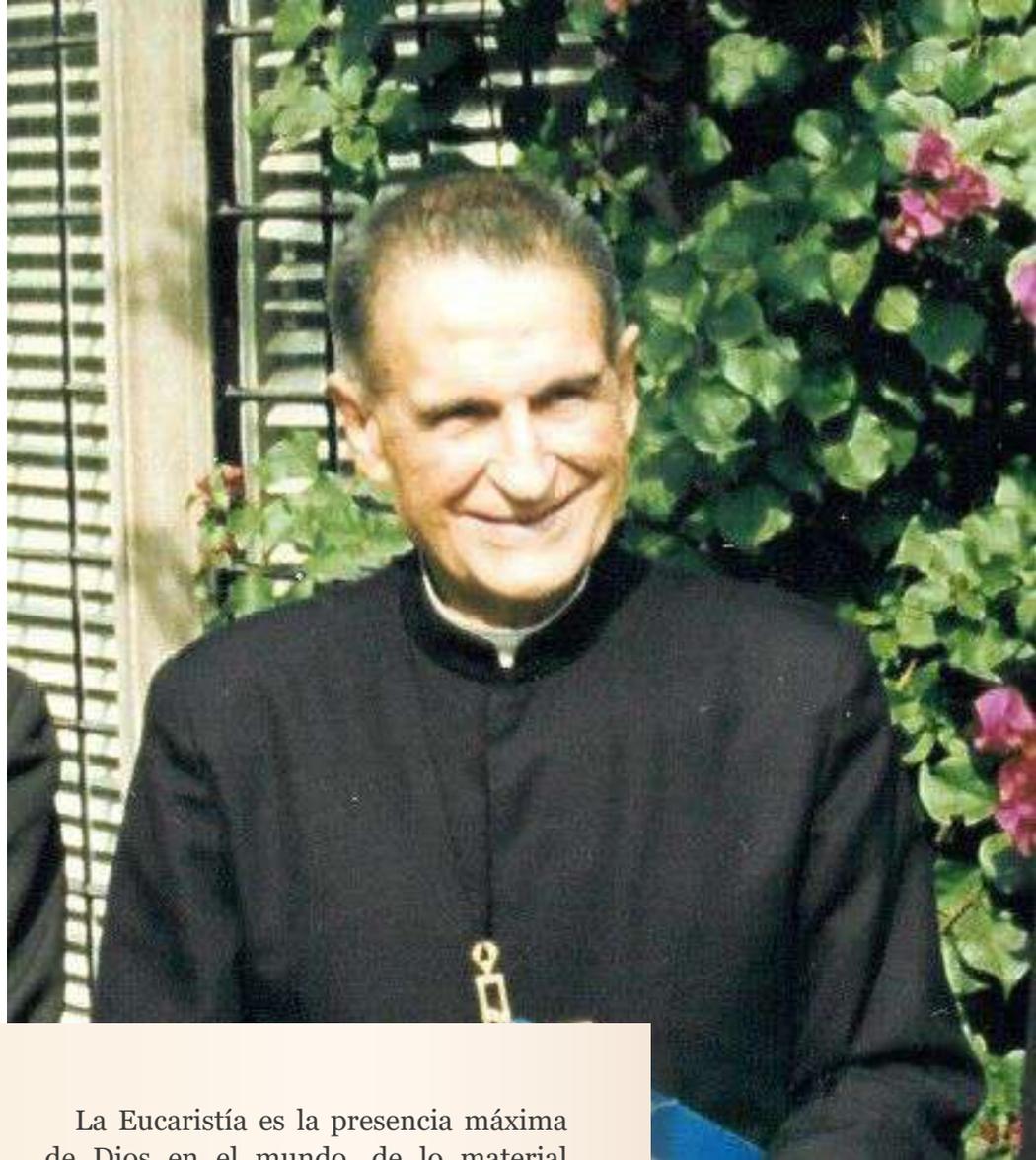
EL P. MOLINA Y LA EUCARISTÍA

En la Eucaristía se hace presente el amor grande, inmenso, infinito del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo al hombre.

La Eucaristía es el deseo del amor de Dios de hacernos el bien. Dios se compromete conmigo para hacerme el bien. Dios me hace suyo.

La Eucaristía es la presencia de Cristo entre nosotros. La presencia de Cristo entre nosotros no es solo estar aquí junto a mí sino un estar atendiéndome y cuidándome. En la Eucaristía tenemos al Señor, sabemos dónde está.

¡Qué humilde es Dios! Me busca haciéndose pequeñito para acercarme a Él; me busca ansiosamente, incesantemente. En la Eucaristía se me ofrece generosamente. Lo mejor que puedo hacer ante la Eucaristía es guardar silencio porque las palabras “pasan” pero, Jesús en la Eucaristía, “no pasa nunca”.



La Eucaristía es la presencia máxima de Dios en el mundo, de lo material y visible del hombre. ¡Cuál no será la importancia del hombre cuando Dios quiere estar presente a Él con la presencia máxima que es la Eucaristía!



Dios reina desde la Eucaristía. Ese Misterio de Fe que es el que más alto habla de ese Dios rico en misericordia.

(P. Molina)

Síguenos en:

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



Reinado de María:
www.reinadodemaria.org